



<https://doi.org/10.51880/ho.v26i2.1315>



Geografías diversas, vidas paralelas, destinos comunes: relatos de mujeres de/en un mismo país

Antonio Padilla Arroyo*

ORCID iD 0000-0001-6411-6473

Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Instituto de Ciencias de la Educación, Cuernavaca, Morelos, México

Resumen: Este texto explora la memoria de dos mujeres, cuyas existencias fueron, en apariencia, ordinarias, cotidianas, habituales, acompañadas por sus tiempos y espacios personales, por el ritmo de la vida. La riqueza de sus testimonios, de sus palabras dichas, reside en que abren ventanas que nos iluminan un sinnúmero de pequeños escenarios, hechos de múltiples voces y de experiencias únicas, singulares, colectivas y universales al unísono que, al entretenerse, configuran un gran mundo social. Estos relatos orales asumen una dimensión cultural sorprendente: registran e identifican dimensiones de mujeres que pertenecen a una misma generación, aunque hayan vivido en espacios simbólicos y lugares geográficos diferentes del mismo país: la Ciudad de México, en el centro del país, y el Chiapas, el estado más austral del territorio nacional. Las historias de estas mujeres se forjaron en estos estados y también fueron definitorias en sus experiencias personales, delimitando su identidad cultural, su condición de género, su adscripción y su pertenencia a un grupo social.

Palabras clave: Memoria. Oralidad. Experiencias. Mujeres. Vida cotidiana. Escritura.

Geografías diversas, vidas paralelas, destinos comunes: histórias de mulheres de/no mesmo país

Resumo: No presente texto se indaga a memória de duas mulheres, cujas existências foram, em aparência, comuns, rotineiras, habituais, com o ritmo de seus tempos e espaços pessoais, pelo ritmo da vida. A riqueza de seus testemunhos, de suas palavras ditas, reside em abrir janelas que nos iluminam incontáveis e pequenos cenários, feitos de múltiplas vozes e de experiências únicas, singulares, coletivas e universais em unísono que, ao tecer, configuram um grande mundo social. Esses relatos orais, assumem uma dimensão cultural surpreendente: registram e identificam dimensões de mulheres que pertencem a uma mesma geração ainda que tenham vivido em espaços simbólicos e lugares geográficos distintos no mesmo

* Doctor en Historia por El Colegio de México. Profesor Investigador de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM). E-mail: apadilla@uaem.mx.

país: a Cidade do México, no centro do país, e Chiapas, o estado mais sulista do território nacional. Nesses estados foram forjadas as histórias dessas mulheres e, além disso, eles foram definidores em suas experiências pessoais, delimitando sua identidade cultural, sua condição de gênero, sua filiação em certo grupo social.

Palavras-chave: Memória. Oralidade. Experiências. Mulheres. Vida cotidiana. Escrita.

Diverse geographies, parallel lives, common destination: stories women from/in the same country

Abstract: This text explores the memory of two women, whose existences were, apparently, habitual, ordinary, everyday, paced by their personal times and spaces, by the rhythm of life. The richness of their testimonies, of their spoken words, lies in the fact that they open windows that illuminate countless small scenarios, made up of multiple voices and unique, singular, collective and universal experiences in unison that, when interwoven, make up a great social world. These oral accounts take on a surprising cultural dimension: they record and identify dimensions of women who belong to the same generation even though they lived in different symbolic spaces and geographical locations in the same country: Mexico City, in the center of the country, and Chiapas, the southernmost state of the national territory. The stories of these women were forged in these states and were also defining in their personal experiences, delimiting their cultural identity, their gender condition, their ascription and their belonging to a social group.

Keywords: Memory. Orality. Experiences. Women. Daily life. Writing.

Preludio

El presente texto indaga en las experiencias de vida de dos mujeres que, en apariencia, tuvieron existencias ordinarias, impresas por sus tiempos y espacios personales, por *el ritmo de la vida*. Su importancia radica en el hecho en que esas vidas se desenvuelven en lo más cotidiano y rutinario que adquieren una dimensión cultural sorprendente: se trata de un gran mundo que se conforma de un sinnúmero de pequeños escenarios, en los cuales se produjeron experiencias únicas, singulares, colectivas y universales a la vez. Su originalidad y su enorme riqueza está en transformarse en relatos orales y de ese modo contribuir a la comprensión de la memoria colectiva: los tiempos personales configuran el tiempo social y fundamentalmente el tiempo histórico que hace inteligible acontecimientos, testigos, protagonistas, procesos e instituciones.

La fecundidad de estos testimonios, de las palabras habladas, consiste en que abren ventanas para mirar esferas del pasado y favorecer nuestra comprensión acerca de modos de vida que, al mismo tiempo, nos son familiares e insólitos. Las narraciones orales son documentos históricos que recrean tiempos y espacios personales y sociales en los que se comparten rasgos y atributos de género, generación, grupos sociales. Los testimonios son la materia prima para reconstruir la memoria colectiva y el tiempo

histórico por medio de herramientas y procedimientos historiográficos. Así, podemos hacer inteligible procesos, instituciones y actores comunes. Reconocer y comparar la variedad y las similitudes de vivencias, en particular en los procesos de interacción y producción de los cotidianos permite organizar y proponer morfologías culturales del mundo social.

Aproximación a la memoria oral

La memoria, en su dialéctica de recuerdo y olvido, en sus múltiples formas de mencionarla, con su significado polisémico, metafórico, desde los diferentes campos disciplinarios y de las diversas perspectivas teóricas y metodológicas que se han interesado por su estudio, así como desde múltiples referentes empíricos, ha permitido ampliar nuestras lecturas e interpretaciones del pasado, del presente y del futuro. La memoria ha abierto nuevas posibilidades al y de pensamiento histórico, de conciencia histórica. En particular para la historia oral, como campo de conocimiento, metodología y teoría, ha inquirido en la memoria, en su estatuto de memoria oral, la memoria ha sido motivo de reflexión sistemática, cuyo propósito ha sido explorar en las dimensiones que la constituyen en cuanto que abre la posibilidad de comprender e interpretar el pasado personal y colectivo, individual y social.

La memoria oral se configura por medio de procesos complejos que involucra su formación, su especificidad. Esta se nutre de reminiscencias, sensaciones, sentimientos, episodios, acontecimientos, vivencias, expresiones de la vida, de la naturaleza y de la sociedad. En otros términos, son experiencias que tienen materialidad en las palabras que las nombra y las expresa para constituirse en relatos de recuerdos u olvidos. En su condición de testimonios orales son materia prima para reconstruir la memoria colectiva y el tiempo histórico por medio de herramientas y procedimientos historiográficos. Estas narraciones son documentos históricos que contribuyen a recrear tiempos y espacios personales y sociales, a hacer inteligibles procesos, instituciones, actores, lugares y tiempos que pueden ser comunes a personas y colectividades.

Para el estudio de la memoria oral, la literatura ofrece una perspectiva en particular en una de sus vertientes más fecundas, los ensayos y los relatos autobiográficos por medios de los cuales se confecciona. Desde esta mirada, supone una definición o un concepto que brinda, a nivel metodológico, dimensiones o aproximaciones para elaborar descripciones de piezas de esta. A este respecto, la escritora mexicana Aline Pettersson en sus relatos autobiográficos, reunidos en su libro *Selva Oscura* (2020), destaca la importancia de la memoria como fragmentos de la vida que han influido en su obra literaria. En tanto metáfora, Pettersson concibe la memoria como un “grueso cuaderno” en el que se inscribe cada suceso, y que es recordado cuando se

detiene “la mirada en esa geometría casi divina del tejido oriental (otra metáfora de la memoria)” (Pettersson, 2020, p. 10). La materia prima son tanto emociones como objetos materiales que contienen sucesos de la vida, hechos que nutren la memoria viva. Fijan y evocan presencias, “trozos de mis pasos por el mundo”, según la feliz expresión de la autora. Así, la memoria es un diálogo permanente, un intercambio entre emociones, sentimientos, lenguajes y artefactos físicos y simbólicos que expresan en ideas, opiniones, creencias, usos, costumbres, actitudes, conductas, acciones, es decir, en prácticas culturales.

Los relatos o las narraciones orales es un modo de autobiografía, de autorretrato que registran actos y episodios de la memoria que el historiador oral pretende dibujar y narrar. Esta tarea comienza en trazos, perfiles, siluetas, sombras, claroscuros que van adquiriendo nitidez hasta ser figuras que desvelan acontecimientos, lugares, paisajes humanos o naturales ritos, rutinas, estados de ánimo que dan forma a la vida. Los testimonios orales son uno de los quehaceres más trascendentes de los ejercicios de la memoria (Pettersson, 2020, p.16).

Ahora bien, si la labor historiográfica sobre la oralidad es estimular la conversación dicha, “el ir y venir de las palabras de un lado a otro” (Pettersson, 2020, p. 15), organizarlas y ordenarlas ya sea como, *locus*, metáfora de la biología, o *cuentas de un collar*, metáfora estética, entonces es posible recrear la memoria individual y colectiva por medio de los recuerdos y los olvidos. Incluso, haciendo una paráfrasis del arte combinatorio que lleva a cabo la escritora Aline Pettersson, el afán de reconstrucción de la memoria oral es similar a la tarea que efectúan el médico, el escritor y el historiador: hurgar en los tejidos humanos del cuerpo, del alma y de la evocación. Este quehacer obliga a una observación prolija y de disección minuciosa para mirar y mirarnos hacia adentro. Lo importante, lo valioso de la labor de estos profesionales es su empeño por descifrar los misterios que encierran “las grutas interiores, siempre a la sombra”, en inquirir los significados de los tejidos y en sostener el impulso para ensayar nuevas preguntas (Pettersson, 2020, p. 18).

Las narradoras: semblanzas y relatos

Los relatos personales y colectivos que aquí se presentan recuperan y recrean experiencias de vida que si bien son distantes en términos geográficos también son testimonios que convergen en múltiples puntos del ciclo de la vida y del ciclo de la familia de dos mujeres. En este sentido, se inscriben en el marco de la historia de las mujeres en cuanto que forman parte de los estudios históricos que cultiva este campo de conocimiento. Las entrevistas se realizaron en cada uno de los hogares-lugares de residencia de las protagonistas. Esta tarea fue posible por la generosidad y la

complicidad de estos seres que ofrecen su testimonio a fin de inquirir en los pliegues y los estratos de la memoria. Inicialmente, el interés fue registrar, organizar y recrear un tiempo biográfico de ciclo de vida de ambas entrevistadas, los recuerdos de infancia con el propósito de indagar las diferencias y similitudes en la socialización y el aprendizaje de niñas y niños, las actividades y del trabajo doméstico que a cada uno de estos se les asignaban dentro del ciclo de vida de la familia y de esta manera comprender e interpretar los procesos de producción y reproducción de los roles entre géneros y de cómo estos eran vividos y asumidos en el ciclo de vida de las mujeres.

No había una intención o propuesta expresa de cómo mirar y de contribuir a la historia de la infancia, en específico de la femenina, sino de la infancia en general, por lo que la mirada tanto del observador como de la entrevistada no estaba mediada por la condición de género sino por la interacción que supone la entrevista. Así, los temas “femeninos” se profundizaron, se ampliaron y se abrieron a otros estratos y dimensiones de la vida de estas mujeres.

En un caso, el de Doña Celia, los contactos con la entrevistada se realizaron por medio de hijos e hijas, con quienes conocí y conviví en diferentes momentos tanto en el ciclo de la vida de la familia como del ciclo de vida de la entrevistada. Ahora bien, en la medida en que se profundizaba en las reminiscencias de ese tiempo biográfico, los recuerdos fluyeron de manera casi “natural” por la familiaridad y la confianza que se logró. En el otro caso, el de Doña Clara América, la relación se estableció por medio de una sobrina-nieta, quien fue estudiante de la Licenciatura en Sociología en la hoy Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Chiapas. La sobrina-nieta es hija de Zoila Esperanza, hermana menor de Doña Clara. Ella me comentó sobre su tía, quien había nacido en esa entidad en la segunda mitad de los años veinte del siglo pasado, quien platicaría con esta para saber si estaba dispuesta a conceder la entrevista. Esta fue posible porque a la sobrina nieta se le expusieron los propósitos del trabajo y el interés por entrevistar a mujeres del estado de Chiapas. Así que se procedió a proponerle a Doña Clara América la posibilidad de que registrar su testimonio oral acerca de algunas piezas de su ciclo de vida personal y del ciclo de doméstico de la familia.

Doña Clara aceptó con gusto si bien previno que era probable que no recordara distintos acontecimientos o momentos de su vida con la nitidez necesaria. Los lazos de afecto y de confianza fueron importantes en el desarrollo de las entrevistas y prácticamente ningún tema fue previamente acordado. Cabe señalar que la sobrina-nieta también participó en la entrevista lo que enriqueció las narraciones al evocar vivencias personales y familiares ya sea porque habían sido heredados por la memoria familiar o bien porque ambas habían sido testigos de ciertos episodios o sucesos que se recrearon.

Apunto algunas ideas de Juan Andreo, quien coincide en la importancia de observar algunas facetas de las actividades que desempeñan las mujeres en su

condición de género, de pertenencia e identidad social, de los ámbitos singulares, de las interacciones de la convivencia femenina, las cuales ordenan las relaciones con los hombres tanto institucionales y familiares, así como los discursos ideológicos de género que intentan normar los lugares que se han considerado tradicionales y singulares, entre las cuales están la reproducción y la crianza, en cuanto espacio “natural” del espacio doméstico (Andreo, 2013, p. 14)

Por su parte, la socióloga argentina Elizabeth Jelin ha contribuido a profundizar en el estudio de las mujeres, en particular en la comprensión de las relaciones entre memoria oral, género y familia. Aquí retomo algunas de sus formulaciones teóricas y metodológicas para los fines de este texto. Jelin destaca la pertinencia de repensar las actividades domésticas “tradicionales” en la unidad familiar o doméstica, uno de los espacios fundamentales de la presencia femenina, en las que predomina el trabajo de las mujeres residentes. (Jelin, 2021, p. 55). De acuerdo con la autora, estas labores son fundamentales en la producción doméstica para el autoconsumo familiar, lo que ha impedido reconocer el lugar y las funciones que estas tienen en la producción y la reproducción social de la fuerza de trabajo. De ahí que se les considere más como consumidoras que en calidad de productoras. Para Jelin la perspectiva teórica, metodológica y empírica que sostiene permite situar y identificar la contribución de las mujeres en la producción doméstica como una de las dimensiones de la organización productiva de la unidad familiar junto con otras, entre las cuales se hallan la producción simple de mercaderías, la organización capitalista y la administración pública del Estado (Jelin, 2021, p. 56).

Jelin considera que existe una elaborada y compleja división del trabajo en las sociedades actuales, razón por la cual ha disminuido el papel de la producción doméstica, si bien reconoce que las actividades domésticas mantienen una función esencial en la creación de bienes y servicios que se realizan en el ámbito doméstico y/o familiar. La socióloga argentina afirma que la unidad doméstica sigue siendo el eje de las tareas ligadas a la producción de bienes y servicios para el autoconsumo como una actividad económica básica. Asimismo sostiene que la división social del trabajo se expresa, entre otros aspectos, en una división sexual del trabajo, en coincidencia con Andreo, que ubica a la mujer como responsable del trabajo doméstico, en específico de las tareas cotidianas que implican la reproducción y el mantenimiento de los integrantes de la familia y del conjunto de la unidad doméstica por lo que no se desliga de su rol de mujer-ama de casa, incluso si recibe el apoyo de otros miembros de ésta. Esta condición explica la subordinación social de la mujer si bien esta circunstancia varía según el tipo de sociedad y su pertenencia a determinada clase social (Jelin, 2021, p. 78).

Jelin considera que un rasgo de los ciclos de vida y familiar o doméstico es la división sexual de las actividades y del trabajo doméstico y extra-doméstico que desempeñan los miembros de la unidad familiar. En efecto, los recuerdos de la Doña Celia permiten identificar formas específicas de la distribución de funciones:

Y ya nosotros lavamos el patio [de la vecindad donde vivía la familia] los sábados; mi hermano lavaba el patio, los baños y todo le tocaba a él. [...] la carnicería pus estaba cerca, la carbonería también, me mandaba a traer sus kilos de carbón y la carne también. Sí, pues mi papá le traía, cada ocho días iba a comprar huevo por ciento, para la tienda y fruta. Bastante fruta que había ahí en La Merced, luego me decía mi papá, ¿qué quieres ahora que te compre fruta? Pues a mí como me gustaba mucho la sandía, y ya le decía cómprame una sandía. Y sí, venía yo cargando mi sandía, él cargaba sus bolsas de mandado, porque vendía mi mamá plátano, jitomate, todo lo que podía traerle mi papá para la tienda, todo eso le traía él cargando, era muy fuerte mi papá. Se cargaba sus costales y una canastota de jitomate, y a parte traía una canastota de huevo que compraban por ciento para vender ellos en la tienda. (Celia Arroyo Vera, 2003).

De acuerdo con la estudiosa argentina, se trata de estudiar las dinámicas del trabajo doméstico y extra doméstico, los marcos normativos y las pautas sociales que determinan los cursos de la vida de las mujeres, esto es, la organización doméstica y los contextos familiares en transiciones familiares del ciclo de vida. Uno de los conceptos centrales que propone Jelin es el de *ciclo de vida* que posibilita organizar el tiempo biográfico con base en acontecimientos que posibilitan comprender e interpretar las dinámicas que constituyen transiciones en la vida de las personas, en nuestro caso de las mujeres, entre estas destacan la escolaridad, el ingreso al mundo del trabajo, la separación del hogar familiar, el casamiento, el nacimiento de los hij@s (Jelin, 2021, p. 79), así como de su cuidado y de su crianza, de la pérdida de seres queridos, del sentido de orfandad, de los desplazamientos geográficos y los cambios de residencia que definen los lugares y las posiciones de las personas y las prácticas sociales. Estos acontecimientos si bien son individuales se enmarcan en el conjunto de relaciones sociales que moldean y definen a la persona, sobre todo la familia, institución estrechamente vinculada a las labores de sostenimiento y reproducción de la población y que organiza la vida cotidiana. De este modo, las transiciones del ciclo de vida de la mujer están ligadas al ciclo doméstico de la familia. Así, lo que ocurre en ésta redefine los roles de la mujer por lo que los procesos de socialización y aprendizaje de las niñas esta orientado a incorporar el complejo de los roles que desempeñan como hermana, esposa, madre o ama de casa y que delimitan la identidad femenina. Jelin observa que este proceso es cultural por lo que las actividades asociadas a esos roles están en función del momento histórico en que se desenvuelven. Los roles y los patrones sociales están en correlación con las necesidades y de las oportunidades que se brindan y que pueden ser aprovechadas por las mujeres según las transiciones en el ciclo de vida (Jelin, 2021, p. 79-80).

Los cambios de residencia fueron transiciones en el ciclo de vida de Doña Celia y el ciclo de vida familiar que se asocia al acontecimiento de la muerte de la madre y a la necesidad de superar o, al menos, mitigar el dolor que ocasionó la pérdida materna y por añadidura reorganizar la vida doméstica. En un lapso de 4 años, según registra

Doña Celia, se sucedieron dos mudanzas de residencia. En sus testimonios evoca las razones de tales desplazamientos residenciales e incluso describe con precisión las características de la vivienda que ocuparon:

Cuando murió mi mamá fuimos a alquilar a [la calle de] Vértiz, que nos cobraban 28 pesos de renta y tenía tres recamaritas chiquitas. No, ahí en Vértiz ya fue alquilada. Pues era un departamento, era una vecindad y una cocinita muy pequeña, y el escusado estaba afuera. En esas vecindades el baño estaba afuera para todos los vecinos. Pues en ese tiempo eran como cinco viviendas. Y cuando murió mi mamá, mi tía dijo que iba a buscar otra casa para que se nos olvidara un poco la muerte de mi mamá, y sí se vino como para el centro [de la Ciudad de México] y ahí encontró un departamento también de tres recámaras, pero ya más grande las recámaras y el baño estaba adentro. (Celia Arroyo Vera, 2003).

En términos metodológicos, se aplicaron dos entrevistas abiertas, cuyo propósito fue registrar y describir algunas dimensiones e influencias, así como contrastar las experiencias de mujeres de una misma generación quienes vivieron y habitaron espacios simbólicos y lugares geográficos diversos en un mismo país y en una temporalidad histórica específica. Sus historias ocurrieron en la Ciudad de México, en el centro del país, y en Chiapas, el estado más austral del territorio nacional. En esas jurisdicciones transcurrieron y definieron sus vidas, delimitaron su identidad cultural, su condición de género, su adscripción y pertenencia a un grupo social específico. De este modo, se trata de explorar en los testimonios de mujeres que pueden situarse en la clase media. En este texto se recrean piezas o trozos de la vida de ellas, de sus recuerdos, silencios y olvidos. Son relatos de dos mujeres, entre cuyos rasgos compartidos están que pertenecen, en términos etarios, a una misma generación, esto es que nacieron en la década de 1920, su carácter de esposas, madres y amas de casa, así como expectativas e ideologías comunes acerca del papel de la mujer al mismo tiempo que poseen variaciones y diferencias derivadas de sus espacios geográficos, de su lugar y posición en la organización doméstica, de los roles de mujer y las estrategias en función de los contextos familiares enmarcados en las transiciones de sus ciclo de vida, en suma, de las experiencias individuales (Jelin, 2021b, p. 78-79).

Doña Celia rememora:

En ese tiempo no, en ese tiempo no se pudo hacer casa, hasta después de los años como, debo de haber tenido como 15 años, mi papá compró una casita en la colonia Moderna que le costó 8 mil pesos. Ahí fue cuando, y ya cuando nos fuimos a La Moderna ya Lupita tenía como seis meses de nacida. O sea que ahí desde el principio estando casada. Sí, cuando me casé ahí me dijo mi papá vénganse para acá, porque me puso [su cónyuge] Leandro casa allá por [el monumento a] La Raza. Y me dio una gripa bien fuerte, porque venía yo a hacerles el quehacer. Y ya me iba yo en la noche a mi casa. Un día mi papá, que me enfermé mucho de la

gripa, dice ‘ya no se vayan, aquí les voy a dejar un cuarto’. Pues ya se había casado mi hermana la grande, mi tía, ya nada más quedaba mi hermana, Martha de chica [la hermana menor] y mi hermano. (Celia Arroyo Veras, 2003).

A este respecto, lo que nos interesa subrayar es que los testimonios que nos ofrecen tanto Doña Celia como Doña Clara América requieren de lo que Félix Reátegui Carrillo destaca: mantener una conciencia teórica alerta para diferenciar las piezas “de esa cosa llamada representación social”, es decir, lo que la gente recuerda y cree, independientemente de los hechos y cuando se trata a los testimonios como evidencias de una realidad fáctica. En los relatos de ambas mujeres es posible identificar y estudiar esas dos dimensiones de la memoria. (Reátegui Carrillo, 2022). En efecto, si bien esta prevención o vigilancia epistemológica debe observarse en todo momento, también es importante reconocer que estamos en presencia de recuerdos que se reconstruyen a partir de hechos vividos, es decir, que sucedieron en la vida personal y familiar y no episodios o acontecimientos “figurados” o incluso “inventados”. El registro puntual de estos, se recrean porque son recuerdos de experiencias que se evocan en el esfuerzo por recrearlos e interpretarlos. Asimismo, Reátegui distingue dos tipos de memoria que siempre están presentes y que el estudioso puede enfatizar según sus propios intereses personales y académicos pero que nos ayudan a identificar, reconstruir, comprender e interpretar lo que Jelin llama las transiciones del ciclo de la vida, la *memoria literal*, “aquella que se afina en el hecho traumático para escarbar en él indefinidamente” y la *memoria ejemplar*, “que se recupera para extraer lecciones del futuro”. En cualquier caso, la memoria esta sujeta a “los cambios producidos por el paso del tiempo, el relevo de generaciones, el alejamiento cronológico de los hechos que la activaron [...]” (Reátegui Carrillo, 2022).

Una de nuestras protagonistas es Doña Celia Arroyo Vera, quien nace el 1 de mayo de 1928, en la Ciudad de México. Es la segunda hija del matrimonio de Don Pablo Juárez Arroyo, de oficio chofer, y de Doña Aurora Vera, dedicada al pequeño comercio que combinó con sus roles de madre y ama de casa. La familia Arroyo Vera se compone, además de Celia, de otras dos mujeres, Concepción, la primogénita, y Martha, la más pequeña, así como de un hombre, Roberto.

Nuestra segunda protagonista es Clara América De León Guillén. Doña Clara América nace en agosto de 1925, en el municipio de La Trinitaria, en el estado de Chiapas. Es la primogénita de una familia de 4 hermanas y un hermano. Doña Clara América fue hija Francisco, tercer integrante de la familia León Camas, quien se casó con Matilde Guillén Figueroa. A este respecto, un dato muy importante en la vida de Doña Clara fueron las actividades laborales y domésticas de Don Francisco y de Doña Matilde, las cuales fueron primordiales en las transiciones tanto en el ciclo de vida como del ciclo doméstico de nuestra protagonista y de la familia. Don Francisco aprendió y ejerció diversos trabajos que tanto a él como a la familia los llevó a cambiar de hogar y residencia de manera continúa.

Entre los oficios que ejerció están la zapatería y la carpintería. En este último conoció y dominó los secretos de uno de los instrumentos musicales por excelencia de Chiapas, la Marimba. También desempeñó empleos públicos y privados, entre los cuales están maestro de primaria, recaudador de la hacienda pública e incluso fue diputado local por el municipio de Venustiano Carranza, ubicado en su estado de natal Chiapas. Doña Matilde se dedicó a actividades domésticas, así como a la elaboración de dulces que vendía para completar los recursos económicos de la familia.

Doña Clara relata con gran lucidez quienes fueron sus antecesores, es decir, su abuelo y su abuela: Don Justo de León Monzón contrajo nupcias con Doña Trinidad Camas. De su convivencia matrimonial nacieron hijas e hijos de nombre María, Epigmenio, Filemón, Bonifacio, Francisco, Romelia, Rufino y Flavio, todos ellos con los apellidos de sus progenitores De Lion Camas.

La avidez de saber tiene el propósito de entender, aunque nunca obtengamos las respuestas definitivas o sean preguntas sin respuesta. Las herramientas con las que contamos son el escalpelo, la voz y la pluma. Mediante estos instrumentos se intenta llegar a las honduras de los tejidos de los que estamos hechos y que nos hacen peculiares. Las preguntas que nos hacemos y que hacemos con el propósito de que la conversación fluya y que la memoria se active, que hable con palabras y gestos, con lugares y cosas, son inquietudes que nos permiten pensar en tiempos y lugares con la certeza de que han sido ocupados por seres, lenguajes y objetos. A este respecto, Doña Clara América, desvela la intención de ofrecer su testimonio, a sus 88 años de su prolífica vida:

Mira, estas líneas las escribo con el único objeto de que más tarde mis queridos hijos, nietos, bisnietos y toda la familia. La demás familia que, con el tiempo, se relacione a nuestra descendencia, se acuerden o conozcan por nombres y detalles nuestra sucesión. Lamento no haber podido recabar fechas y nombres de los antepasados, pero de lo que he sabido y conocido, anotaré sus nombres, que de todas maneras será para que acuerden y conozcan el principio de nuestra descendencia... Este es mas o menos. De estos primeros datos de la familia, [...] si Dios me lo permite, seguiré describiendo otras historias de nuestros padres, tanto de Ramón como de los míos, habla y escribe América, hay que bella amiga. [Se ríe la entrevistada]. (Clara América de León Guillén, 2013).

Mediante su evocación, *las* piezas de la memoria hacen posible dar cuenta de historias y de itinerarios y transiciones personales y colectivas. Como ya se indicó, estas marcas de la memoria pueden ser transmitidas o inculcadas por otros o bien son vividas por *l@s* agentes: ambas formas de la memoria se entrelazan y convergen en un tiempo y espacio desde el cual se recuerdan o se olvidan.

La labor historiográfica de la oralidad es estimular la conversación dicha, “el ir y venir de las palabras de un lado a otro”, organizarlas y ordenarlas ya sea como, locus, la metáfora de la biología, o como las cuentas de un collar, la metáfora estética, en

consonancia con los recuerdos (Pettersson, 2020, p. 16). De este modo la memoria dialoga y propicia el intercambio del pasado con el presente.

Uno de los más prominentes psicoanalistas del siglo XX, Carl Jung, plantea una doble dimensión de la memoria, que coincide con otros autores que han reflexionado acerca de ésta, de los recuerdos o las rememoraciones que son útiles para el examen de la producción y la comprensión de unos y otras. A propósito de su autobiografía, Jung considera que la persona es un proceso psíquico que no domina o solo de manera parcial por lo que no puede dar un juicio final de su vida. La única manera en que podría hacerlo es saber todo acerca de sí misma. Por eso, para el psicoanalista sueco, los recuerdos de las experiencias internas y externas son aquellos que la persona llega a figurarse que lo sabe aunque nunca sabe cómo han ocurrido nada. Esta es la razón por la cual la historia personal puede iniciarse en “tiene un comienzo, en cualquier punto”, en cualquier suceso del que uno se acuerda, si bien Jelin sugiere que ese inicio marca una transición personal o familiar en tanto que ese principio es una expresión de múltiples vivencias. Jung sostiene esta postura porque considera que “El relato no tiene comienzo, y la meta solo se puede indicar aproximadamente”. Dicho de otro modo, “uno no sabe a dónde va a parar la vida”. (Jung, 2019, p. 18). Doña Clara América evoca un recuerdo que registra el origen familiar y que anuncia los años de siembra y cosecha de emociones, vivencias, seres y objetos, en otras palabras, de acontecimientos: “[En] 1924 se unieron en matrimonio Francisco de León Camas y doña Matilde Guillén Figueroa, sus hijos son, Clara América, Zoila Esperanza, Raúl Guaneges, Elena Trinidad y Marta Noemí de León Guillén” (Clara América de León Guillén, 2013).

Los acontecimientos, “islas del recuerdo” como los conceptualiza Jung (2019), se constituyen de viajes, personas y ambientes, muchos de los cuales tienen su génesis en recuerdos y vivencias “externas” y que, en la medida en que se incorporan a la memoria, se transforman en experiencias internas, en aprendizajes y saberes. De ese modo, los recuerdos son un diálogo entre la vivencia externa y la vivencia interna, entre interno y lo externo, entre la persona y las relaciones de la vida, entre las circunstancias externas y los acontecimientos internos (Jung, 2019, p. 18-19).

A manera de ejemplo, en su presente histórico, Doña Clara América recuerda un acontecimiento, el “cualquier punto”, el locus o una cuenta del collar de su historia personal y familiar: “El 26 de noviembre de 1949, Ramón Guillén Utrillas se casó con Clara América De León Guillén y sus hijos son, Josefina del Socorro, Jorge Caralampio, Marta Araceli, María de Lourdes y Juan Ramón Guillén De León” (Clara América de León Guillén, 2013).

Las narraciones orales de estas mujeres son ejemplares en cuanto que han sido y han expuesto, con meridiana claridad, sus recuerdos y sus olvidos. Los testimonios que ofrecen no hablan de grandes historias, no son iconos, no aluden a lugares épicos, no son modelos de heroicidad; su singularidad está en las historias menudas que relatan experiencias de mujeres, de las vivencias y experiencias que son luminosas porque

evocan facetas en la construcción de su identidad de género. Estas protagonistas nos ofrecen múltiples materiales que constituyen una materia prima para la producción de la memoria: imágenes, voces, paisajes humanos y naturales. Reúnen fragmentos, trazos, perfiles, siluetas, sombras, claroscuros que adquieren nitidez hasta ser figuras porque desvelan estados de ánimo y formas de pensar, sentir y actuar, los cuales se imprimen en ritos y rutinas que singularizan su condición de género.

Andreo observa que detalles de dimensiones específicas son fundamentales en la historia de las mujeres: lugares y tiempos interiores que moldean sentimientos y percepciones, actitudes y comportamientos, formas de construir y ambientar esos espacios en función de quienes los cohabitan y disfrutan, de olores, sabores, sonidos que se asocian a las labores femeninas, de interacciones y relaciones familiares, de ocupaciones y rituales, en otras palabras, de modos de hablar, escribir, pensar, vestir y caminar que construyen “lo femenino”, todo lo cual configura y devela un orden social específico (Andreo, 2013, p. 16). Una pieza del relato de Doña Clara América ilumina esferas de ese orden:

A tío Raúl, pero con las demás nos llevábamos muy bien, con Lenita, con Esperanza, con Martha. Tía Esperancita o tía Marthita, hasta la fecha recuerda que por cuenta yo fui su cargadora, como soy la mayor y ella la más chica, para que nos dejaran ir a jugar al parque, la teníamos que llevar a la niña. Para entretenerla y que mi mamá pudiera hacer algunos otros oficios y ahí me la cargaba yo y cuando no quería ir, me mordía. [Se ríe la entrevistada] Me mordía la espalda. Eso fue Marta, eh. Con todas las demás nos llevamos muy bien todo el tiempo que estuvimos juntas como criaturas en la casa. Y ya... y fue que nos empezamos a separar todas, que se... que nos fuimos casando, se casó tu mamá primero que yo, sí. Y lue[go]... a los dos meses me casé yo, a dos meses de tu mamá, porque ella se casó en septiembre, el... 31 de agosto... Por lo civil. (Clara América de León Guillén, 2013).

Amy Kaminsky formula una propuesta teórica que contribuye a comprender y develar los procesos subyacentes en la identidad de género en general y de las identidades femeninas en particular. Para la autora, no hay una sola y única, sino múltiples identidades que se modelan y producen, según factores y circunstancias que se enmarcan en relaciones de parentesco, pertenencia a una clase, raza, prácticas de sexualidad, ubicación geográfica, funciones o roles sociales, relación con el estado, entre otros factores, en suma, dentro de instituciones culturales, de una cultura específica que conforma “la experiencia del género que se produce en un crisol cultural que garantiza su especificidad” (Kaminsky, 2013, p. 35).

Por su parte, Judith Butler, filósofa y teórica feminista, aporta elementos conceptuales y metodológicos críticos para comprender la construcción de género que rebasan de estudio de relaciones “tradicionales” que se han formulado entre géneros, sexos, sexualidad, prácticas sexuales y cultura, en particular en la producción cultural

de las mujeres (Butler, 2022, p. 54-61). Butler coincide con Kaminsky en que la construcción de las mujeres en tanto género es un proceso que tiene comprenderse en contextos históricos específicos en los entrecruzan modalidades raciales, de clase, étnicas, sexuales y regionales que producen formas específicas de identidades que expresan en modos discursivos peculiares por lo que es fundamental que “el sujeto de las `mujeres´ no se por sentado en ningún aspecto (Butler, 2022, p. 48 y 53). En esta tesitura, quizá una de las aportaciones más significativas de las formulaciones teóricas, metodológicas y empíricas de Butler sea la idea de que no existe una identidad de las mujeres, universal, esencialista y fundacional, sino que hay identidades diversas y múltiples que sólo el examen concreto devela.

De esta manera, ningún género puede darse por sentado pese a que se le vigile permanentemente ni tampoco puede presuponerse que éste sea una expresión natural del sexo o una constante cultural que ningún acto o conducta humana es capaz de modificar (Butler, 2022, p. 21 y 24). Así el género se construye y reproduce por medio de “un conjunto sostenido de actos, postulados por medio de la estilización del cuerpo basada” de lo que se concibe como un género determinado. Desde un enfoque performativo y psicoanalítico, Butler sostiene que el género se asume como “un rasgo interno de nosotros mismos es algo que anticipamos y producimos a través de ciertos rasgos corporales, en un extremo, un efecto alucinatorio de gestos naturalizados” (Butler, 2022, p. 17).

Así, los testimonios de estas mujeres recrean y representan, paradójicamente, antes de sus propias evocaciones, “lo no representado”. En esa medida, se crean y recrean los mundos de las mujeres y que desvelan vivencias que forjan la(s) femineidad(es), “el yo autobiográfico”, esto es, lo que la persona asume como propio por sus experiencias interiores y por sus experiencias exteriores, según las descripciones y las ideas de Jung, y así como por esos hombres que estuvieron e hicieron en sus vidas (Kaminsky, 2013; Jelin, 2021; Butler, 2022). Por ejemplo, el relato de Doña Clara:

O nos ponían a deshuchar el maíz para hacer un posol, sabroso, despuntado. Había un posol rico, mire, al medio día... todo lo hacía tía Mechitas, con el bien de que nosotros estuviéramos contentos, en el rancho. Luego, inventaban la ida a lavar al río, hacíamos los montones de ropa porque allá en la orilla del río se llevaba la batea y ellas lavando y nosotros retozando en el río como... muchachitas locas que éramos ahí... Nadando, jugando arena y todo lo que quiera. Y las viejitas, mi mamá y tía Mechitas, que en ese tiempo pues no estaban tan viejitas, ¿no? Eran las que se ponían a lavar con las muchachas que llegaban, porque llegaban las dos muchachas, la Candelaria y la Otila. Candelaria nada más. Eran las que tenían en Palo María y otra señora que se llamaba... ¿cómo se llamaba esta viejita? Que era mamá de uno de los vaqueros y ella nos hacía nuestras quesadillas y todo lo que nos preparaban ahí para el... desayuno. Sí, pero te digo que las sirvientas de tía Mechitas que llevaban al río para que ayudaran a lavar, eran Otila y Caralampia.

(Clara América de León Guillén, 2013)

Es un largo, lento y sinuoso proceso que se traduce en instituciones, actores, normas, ideas, opiniones, prácticas que producen y construyen una forma de pensar, sentir y actuar que están en función de “patrones genéricos” y que encauzan la vida cotidiana, el orden social en sentido amplio. A este respecto, el testimonio de Doña Celia permite comprender prácticas culturales que reproducen experiencias de género y de roles sociales en general:

Sí, sí, escogíamos a los niños chiquitos que eran nuestros hijos, nos sentábamos alrededor de la mesita y les servíamos sus platitos, y jugábamos que nosotros éramos las mamás, las más grandecitas y los chiquitos comiendo, ahí como mi hermana que estaba chiquita se ponía a comer, también nos ayudaba porque era muy abusada y decía: *yo también quiero hacer la comida*; y repartíamos el juego. (Celia Arroyo Vera, 2008).

Los testimonios ofrecen diversos materiales de imágenes y lugares, lo que se constituye en un aspecto esencial, la producción de la memoria. Desde esta lectura, la memoria oral es un modo de autobiografía, de autorretrato, que el historiador oral pretende dibujar y narrar. La memoria oral busca recrear el tiempo interior, en específico el de estas mujeres que, sin embargo, son universales. Rehacer el primer recuerdo o el primer olvido, el sentir y el pensar profundo que se hace fresco y vigente y que incita a la curiosidad, a conocer. Ese es una de las peculiaridades más valiosas de las mujeres: brindarnos imágenes verbales por las palabras de mundos desconocidos y de ese modo asomarnos, de conocer un amplio panorama, nuevo y vital, de narrar y de desvelar un pensamiento (Pettersson, 2020, p. 20-21 y 37).

En efecto, los recuerdos nos relacionan con un mundo quizá no del todo desconocido. En todo caso, las palabras que se aprehenden de manera casi imperceptible, sirven para describir modos específicos de ocupación y de usos de lugares, así como el lento o fugaz transcurrir de las estaciones y ciclos de la vida cotidiana, sobre todo en la niñez, etapa decisiva para el aprendizaje de los roles y los géneros. En el siguiente fragmento podemos recrear imágenes verbales de territorios y momentos, los cuales empezaban a transformarse. Desde la rememoración de experiencias infantiles, el lenguaje verbal y el lenguaje corporal recrean un mundo que cambia y que se pronuncia desde lo femenino:

En frente de donde yo vivía había terrenos desocupados, nos íbamos a ver [a las personas] que pasaban, los que andaban piscando, suciedad y me llamaba la atención por qué hacían eso los hombres. Y mi mamá me dijo que porque eso era abono para los chilares. Íbamos a verlos como estaba el terreno desocupado, pus encontraban mucho de eso, y andábamos siguiéndolo hasta que se iban de ese

terreno. Y corríamos, ahí teníamos mucho lugar para correr, jugábamos a la reata, a la pelota también; era una vida muy tranquila porque había donde jugar y sin peligro porque no pasaban los carros en ese tiempo todavía, pasaba uno que otro pero no había mucho porque no estaban las calles todavía arregladas, estaba en tierra todo, no estaba pavimentado. (Celia Arroyo Vera, 2008).

En esa tarea se comienza con fragmentos, trazos, perfiles, siluetas, sombras, clarososcuros que van teniendo nitidez hasta ser figuras que desvelan estados de ánimo que acompañaron a los acontecimientos, a los lugares, los paisajes humanos o naturales que imprimen ritos y rutinas que nos singularizan. Hablan de sus convicciones, de sus emociones, de sus sentires y de sus cosas, en una palabra de sus vivencias que dicen con sus palabras, de recrear o, al menos, esbozar esos “otros” mundos, de sus reflexiones sobre la condición humana, de esas pequeñas y breves recodos y sinuosidades, de circunstancias y condiciones de épocas cercanas y distantes a la vez, de un momento histórico.

Aún en las épocas y sitios destinados al ocio y la recreación siempre es una oportunidad para la enseñanza y aprendizaje de sensaciones, sentimientos, de conductas y comportamientos que reiteren las funciones de los roles sociales, de las prácticas y las herencias culturales de las mujeres adultas hacia las mujeres niñas y adolescentes. Aún en tiempos y ambientes de ocio se refuerzan la condición de género:

Los dos meses de vacaciones felices de la vida ahí en el rancho, le digo yo que tal vez eso me sirvió de mucho, porque cuando ya me vine aquí, a mí me gustaba y aprendí que si el queso, que si el hacer las tortillas, que... “aprendan hijitas, de repente se van a casar con un rancharo”, me decía tía Mechitas y me enseñó a remendar los pantalones, imagínese. Agarraba yo las agujas y el parche y todo para remendar los pantalones de los vaqueros, pero para que yo aprendiera... el día menos pensado yo iba a casarme con un rancharo y yo ya iba a saber remendar los pantalones, eh. (Clara América de León Guillén, 2013).

En las evocaciones que dicen a través de la palabra pronunciada, las mujeres hablan de tiempos y lugares desde el punto de vista femenino y ahí reside su singularidad y riqueza, de que eso que se consideraba asuntos nimios de niñas, adolescentes y mujeres:

Casi los hombres jugaban al trompo, a las canicas, casi ellos no jugaban con nosotras porque nosotras jugábamos juegos de niñas, traíamos los muñecos, y traíamos nuestros trastecitos para hacer la comida. ¿Y jugaba con alguna hermana? Sí, con mis hermanas y con mis inquilinas, ahí donde yo vivía había llegado una familia de Puebla y traían unas niñas de mi edad. Yo tenía unos siete años en ese tiempo, y nos juntábamos a jugar todas. Cuando se trataba de jugar a la reata, a la pelota, en la calle, pero si jugábamos con los muñecos y la comida que hacíamos adentro en el patio de donde vivíamos, ahí estábamos, en las tardes. Para mí era una

tranquilidad porque me apuraba a hacer mi tarea, y ya me daba permiso mi mamá de salir a jugar, cuidaba yo mi hermana, que le llevo cinco años de edad, la cuidaba yo, porque todavía era pequeña. (Celia de León Guillén, 2008).

Paisajes y entornos de las historias

La novelista Aline Pettersson sugiere que el tiempo y el espacio son ámbitos primordiales de la producción de la memoria. El espacio es el lugar donde el tiempo se encarna; en esas esferas en que hechos y sucesos tienen materialidad porque el sujeto se los apropia, inicialmente, por medio de los sentidos y de las percepciones. Ahí se elaboran los micro y los macrocosmos individuales y sociales (Pettersson, 2020, p. 11). En esas esferas se despliegan paisajes materiales y simbólicos que son objetos y emociones y objetos en los que habitan las personas y que, finalmente, la memoria forja y despierta. Los recuerdos y los olvidos son cosechas de años que se hacen de sentimientos, de seres y cosas y que, al final de cuentas, configuran la vida (Pettersson, 2020, p. 12-13).

Frances A. Yates, historiadora del arte, propone un herramienta conceptual y metodológica que define como lugares de la memoria, con lo que se enriquece la comprensión de esferas de la vida: no sólo son el tiempo, el espacio, sino las imágenes que se imprimen con una intención, como un arte de lo que tiene que ser recordado o de lo que tiene que olvidarse, de los actos externos o de los actos internos que procuran cómo y en qué circunstancias, de los que se trasmite o inculca mediante la cultura oral, la transmisión de unos sujetos sobre los otros y en ese sentido de lo selectivo de la memoria (Yates, 2005, p. 10).

Yates concibe la memoria como una forma de arte y por tanto como una construcción cultural. En esa condición es memoria artificial que se configura bajo dos elementos: imágenes y lugares los cuales, en términos metodológicos, son útiles para comprender diferentes épocas. Para Yates, los lugares son, sobre todo, materiales, físicos: la casa, la pluma, la carta, el cuaderno, la mesa, etcétera, mientras que las primeras son simbólicas: formas, marcas, señales, entre otras, que nos indican qué y cómo deseamos recordar.

Esa enorme riqueza cultural que se evoca y se recrea en la memoria individual es, a la vez, memoria colectiva porque en los recuerdos han voces que la protagonista hace presentes. Presta su voz a aquellas que están en el cuadro de su existencia. El registro de vivencias con sus paisajes geográficos y humanos se acumulan en un personaje y quedan de manifiesto en estos párrafos de la oralidad, con sus entonaciones y modulaciones de los sonidos que se traducen en palabras:

¿La ciudad o venir al rancho o a la finca o eran cosas distintas?

Era una vida muy distinta, porque el venir de Motozintla a aquí a un municipio que se llama Chicomuselo, allí delante de Chicomuselo estaba el rancho de mi tía Mercedes, el esposo de ella se llamaba Justo Pinto y ella era hermana de mi mamá. Entonces nos invitaba a venir a pasar las vacaciones a su rancho, pero ya le digo, era una... una historia el viaje desde Motozintla hasta [...] Hasta Palo María, imagínese. Porque teníamos que viajar a caballo, llegábamos al rancho de tía Mechitas y era una historia feliz la venida a Palo María. Porque desde el rato que llegábamos, decía, le decía a mi mamá, ‘ahí está la olla de leche, para que le des a los niños, que estén a pura leche, aquí no la van a tener que comprar como la compran en Motozintla’. [Se ríe la entrevistada]. [...] Y sí, realmente ponían a hervir una olla de leche que no las teníamos que acabar en el día. (Clara América de León Guillén, 2013).

Yates señala que el “arte de la memoria es como un alfabeto interno” que facilita escribir a quienes lo conocen lo que se les dicta y de leer lo que han escrito. La oralidad, el acto de decir, de pronunciar la palabra, precede a lo escrito. El acto de la escritura, las palabras que se escriben, son posteriores. La autora sugiere o intuye unas operaciones teóricas y metodológicas. Una de ellas: los lugares pueden agruparse en series y colocarse en un orden y que se recuerde en ese orden y que podamos partir de cualquier lugar de la serie y desplazarse hacia adelante o hacia atrás. En otras palabras, la memoria oral precede a la memoria escrita. En la convergencia de ambas esferas se configura la memoria artificial, el arte de la memoria (Yates, 2005, p. 22-23). Una expresión es el recuerdo que ilumina los afectos que rodeaban una faceta de la niñez:

En la orilla del río, tío Raúl que era el chiquito, así... no quería del rancho, no estaba lejos, por cierto, tenía como unas dos cuadras, del rancho al río. Y tío Raúl, era muy haragán, a la fuerza quería ir montado en un burro, pero cuando no le ensillaban el burro, tenía que ir a pie. Y tía Mechitas le decía, ‘camina hijito, camina... te voy a dar cuerda’ Y le hacía así, atrás. Y haz de cuenta que lo entendía que sí había agarrado cuerda y salía corriendo. Ya cuando creía que se le había acabado la cuerda o que se había cansado, esperaba a que le dieran otro pedazo de cuerda. (Clara América de León Guillén, 2013).

Una de las cualidades de la historia oral es tener la suficiente sensibilidad para que el testimoniante pueda situarse en un orden y recorrerlo de un punto a otro. El principal atributo del historiador es propiciar que los recuerdos sugieran imágenes y que éstas se conviertan en “hechos presentes” que puedan repetirse oralmente. Con base en estos, el historiador oral elabora argumentos y alegatos que hacen inteligible el pasado convertido en historia, en escritura de la historia (Yates, 2005, p. 23).

Ay, que... esta infancia tan sana, viera usted, sí. Como... tenía como unos ocho.

Unos ocho años, Esperanza tendría seis, siete, que le llevaba yo dos y Raúl era el más chico, Elenita fue la que ya nació en Río Blanco porque eso fue después. Pero las venidas a Palo María era cada vez que podíamos venir a vacaciones y ya veníamos a veces los cinco. Sí, los cinco. (Clara América de León Guillén, 2013).

Pierre Nora sostiene que la memoria se distingue entre la historia, historiografía e historiador. El autor franco-argelino considera y precisa lo que define como memoria:

[...] la memoria es la vida, siempre encarnada por grupos vivientes y, en ese sentido, está en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y la amnesia, inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones, capaz de largas latencias y repentinas revitalizaciones. La memoria es un fenómeno siempre actual, un lazo vivido en el presente eterno. Por ser afectiva y mágica, la memoria sólo se ajusta a detalles que la reafirman; se nutre de recuerdos borrosos, empalmados, globales o flotantes, particulares o simbólicos; es sensible a todas las transferencias, pantallas, censuras o proyecciones. La memoria se enraiza en lo concreto, el espacio, el gesto, la imagen y el objeto. (Nora, 2008, p. 20-21).

Un ejemplo de la disposición de los tiempos y los espacios de las experiencias, de la regulación cultural que inculca las funciones materiales y simbólicos y que distinguen las responsabilidades de los géneros es la siguiente descripción:

En las tardes, después de que acabábamos de hacer, yo hacía la limpieza de la cocina, lavaba trastes, arreglaba, hacía mi tarea y ya nos salíamos en la tarde a jugar, ya cuando estaba oscureciendo, iba yo y prendía mi lumbre en el carbón para poner el café a hervir y ya tomaba mi café y me acostaba, porque otro día nos teníamos que levantarnos temprano, porque nos quedaba la escuela lejos. Sí, con mi hermano mayor que yo, los dos estábamos en la misma escuela, nada más que estaba dividida la escuela, la mitad era de varones y la mitad de mujeres, entonces ya llegando a la escuela el se iba a su departamento de varones y yo al de mujer. Pero ya a la salida, yo lo esperaba porque el salía un poquito más tarde, y nos regresábamos a casa a comer y hacer el quehacer. (Celia Arroyo Vera, 2008).

También hay paisajes y espacios físicos que influyen en nuestras experiencias, en nuestros sentimientos, pensamientos y acciones, en lo que recordamos y en cómo lo evocamos. A este respecto, el psicólogo “experimental” Ellard Colin sugiere formas específicas que dan sentido y significado a esas experiencias. Este autor ofrece una perspectiva de los lugares y los espacios materiales:

Casi todo el mundo experimenta un espacio construido a diario, sean nuestros hogares, lugares de trabajo, edificios institucionales o espacios de ocio, estudio o formación. Todos compartimos al menos una vaga sensación de que el modo como

están diseñados estos entornos influyen en nuestros pensamientos y acciones, y a menudo buscamos un contexto concreto precisamente porque nos apetece experimentar esas influencias (piénsese en las iglesias o parques de atracciones, por ejemplo). No obstante, aunque todos notamos y reaccionamos al diseño de un edificio a un nivel emocional y aunque tales sentimientos influyen en qué hacemos cuando estamos allí, con excesiva frecuencia no tenemos ni el tiempo ni la disposición para diseccionar nuestras respuestas cotidianas a los lugares con el fin de dotarlas de sentido”. (Ellard, 2016, p. 11).

Ellard resume una dimensión metodológica fundamental para entender los nexos entre sentimientos, pensamientos y lugares: observar [...] las intrincadas relaciones entre nuestras experiencias vividas y los lugares que las contienen [...]” (Ellard, 2016, p. 12).

Quizá una imagen que resumen el sentido y significado de los lugares físicos, de las emociones, de los sentimientos, de las experiencias vívidas es el siguiente fragmento de la memoria:

Yo pongo en cuenta este rancho que es antiguo, porque no tiene ninguna cosa moderna como acostumbra ahorita, señor, que la alberca, que la cantina, que esto... todo a la orilla de la casa, muy, muy cómodos, ¿no?

No, ese era un rancho, rancho... la casa grande, la cocina, los cuartos de dormir, la sala, el comedor, el gran corredor... En el gran corredor, había un burro como de carpintería o no sé cómo le llaman, donde estaba el molino de moler el queso, eh. La canoa donde se hacía el queso, porque era una canoa de leche. La que ordeñaban, eso lo cuajaba tía Mechitas, eso lo hacían queso y nosotros lo molíamos en los molinitos de... mano, así. Y era, ¿cómo le dijera yo? Un rancho, pues rancho, no modernos como los de ahora que son unas grandes fincas con muchas comodidades, tenemos pozos de lluvia, que son los que nos sirven para mantener a los animales. Los animales necesitan agua. (Clara América de León Guillén, 2013).

Reflexiones finales

Como hemos dicho son relatos orales de dos mujeres un mismo género, quienes vivieron en distintas latitudes, en dos geografías distantes, que nacieron en años cercanos, una misma temporalidad, un solo país. Sus testimonios que nos ofrecen invitan a indagar en el ritmo de la vida, de ámbitos que son parte de la experiencia humana y que dan una racionalidad específica a la vida cotidiana. Esta tarea implica examinar emociones, sentimientos, actos y las acciones que posibilitan la apropiación de los lugares físicos y, de ese modo, dotarlos de sentido y de significado con base en lo

que sentimos y pensamos o de lo que nos hacen pensar y sentir.

La historia oral propicia recuerdos de imágenes y lugares que dan cuenta de un pasado, de sucesos y procesos que tienen un orden en la memoria y cuya función del historiador es recrear. La comunicación, la sensibilidad y la empatía entre entrevistado y entrevistador hacen posible identificar las ideas, obsesiones, preocupaciones, relatar un suceso que reconoce al otro por medio de las palabras dichas y que conducen a relatos entre “dos almas” que concurren en el acto de la entrevista y del testimonio oral (Pettersson, 2020, p. 37).

En la búsqueda de su comprensión, el historiador es el vehículo que propicia las imágenes y los lugares que se hacen visibles por medio de la palabra dicha, del relato oral y que mediante operaciones específicas se hacen narrativa escrita. Por medio de la oralidad y de las operaciones que despliega la historia oral, al propiciar en nuestras protagonistas, recuerdos, evocaciones, reminiscencias, rememoraciones, expresión de la subjetividad, y acontecimientos, sucesos, episodios, en cuanto expresión objetiva, identifican y recrean lugares y dan significado a unos y otras por medio de la palabra dicha. Así, sentimientos, pensamientos, acciones, conductas se desvelan como parte de la memoria individual y colectiva.

Referencias

- ANDREO, Juan. Enfoques renovados y urgentes necesidades. *In*: ANDREO, Juan; GUARDIA, Sara Beatriz (Ed.). *Historia de las mujeres en América Latina*. 2. ed. Lima: Centro de Estudios La Mujer en La Historia de América Latina (CEMHAL), 2013.
- BUTLER, Judith. *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Ciudad de México: Paidós, 2022.
- ELLARD, Colin. *Psicogeografía: la influencia de los lugares en la mente y el corazón*. Barcelona: Ariel, 2016.
- JELIN, Elizabeth. *Las tramas del tiempo: familia, género, memorias, derechos y movimientos sociales*. Buenos Aires: CLACSO, 2021. (Colección Antología Esencial).
- JUNG, Carl G. *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Traducción Ma. Rosa Borrás. Ciudad de México: Paidós, 2019.
- KAMINSKY, Amy. Identidad femenina y paratradición poética: celebración de mujeres de Amanda Castro. *In*: ANDREO Juan; GUARDIA, Sara Beatriz (Ed.). *Historia de las mujeres en América Latina*. 2. ed. Lima: Centro de Estudios La Mujer en La Historia de América Latina (CEMHAL), 2013.
- MAFFESOLI, Michel. *El ritmo de la vida: variaciones sobre el imaginario posmoderno*. Traducción Daniel Gutiérrez Martínez. México: Siglo XXI Editores, 2021.
- NORA, Pierre. *Les Linux de mémoire*. Traducción Laura Masello. Montevideo: Ediciones

TRILCE, 2008.

PETTERSON, Aline. *Selva oscura*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2020.

REÁTEGUI CARRILLO, Félix. La memoria, una construcción social narrativa y contenciosa: *Los trabajos de la memoria*, de Elizabeth Jelin. FCE, Buenos Aires, diciembre de 2022. Disponible en: <https://fce.com.ar/lecturas-de-fondo/la-memoria-una-construccion-social-narrativa-y-contenciosa/>. Acceso en: 18 ago. 2023.

YATES, Frances A. *El arte de la memoria*. Traducción Ignacio Gómez de Liaño. Madrid: Siruela, 2005.

Fuentes orales

ARROYO VERA, Celia [75 años]. [ago. 2003] Entrevistadora: María Concepción Martínez Omaña. Áurea Graciela Castellanos Becerra. Nativitas, Ciudad de México [hasta el año de 2016 se denominaba Distrito Federal], 16 ago. 2003.

ARROYO VERA, Celia [80 años]. mayo 2008]. Entrevistadora: María Concepción Martínez Omaña. Azcapotzalco, Ciudad de México [hasta el año 2016 se denominaba Distrito Federal], 14 mayo 2008.

LEÓN GUILLÉN, Clara América de [88 años]. [mayo 2013]. Entrevistadores: Antonio Padilla Arroyo y Gabriela Palacios de León. Transcripción: Jorge Lara Valderrábano. Rancho “El Amparo”, La Trinitaria, Chiapas, México, 8 mayo 2013.

Recebido em 06/07/2022

Versão final reapresentada em 28/06/2023

Aprovado em 15/07/2023

Número de Certificado de Presentación de Evaluación Ética: nada que declarar.

Fuente de Financiamiento: nada que declarar.

Conflicto de interés: nada que declarar.